

EL MOTÍN

Año XXXVII

Madrid, Jueves 27 de Diciembre de 1917.

Número 48.

EL MOTÍN
PERIODICO SEMANAL
CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS
Se publica los Jueves

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52; MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Mi cumpleaños

A la hora en que las lechuzas mezcladas con los murciélagos retornan á los rincones y rendijas de los templos huyendo de la luz tenue que asoma en el firmamento anunciando la llegada del resplandeciente Febo, vino al mundo el que suscribe este romance incorrecto. ¿En qué siglo? En el pasado; ó en el otro; no recuerdo. ¿Y qué año? El cuarenta y uno. ¿Y qué mes? El postrimero. ¿Y qué día? El que se encarga oficialmente el invierno de apagar respiraciones y llenar los cementerios. ¿Y dónde nací? En Sevilla; la tierra de más salero del mundo. Y el que lo dude que se mire en este espejo.

¿Qué hice al nacer? Lo que todos los chiquillos de aquel tiempo; mamar, llorar, y otras cosas que aquí no vienen á cuento y que se relacionaban con el jabón y el espiago. ¿Y de niño? Ir á la escuela, desesperar al maestro, correr, saltar y brincar, tirar piedras á los perros, y recitar como un loro la salve y el padrenuestro, y entre ellos algunas fábulas de Iriarte ó de Samaniego. ¿Y de joven? Me adornaron los simpáticos defectos de la edad: soñé grandezas,

hice malísimos versos, fui locuaz en demasía, é irreflexivo y ligero; no aprendí que el tiempo es oro; estudié poco y al vuelo; y adoré á Dios en sus obras, (aquí aludo al bello sexo) Entonces nos dedicábamos á adorarle con exceso, porque aún no se conocían los clericales colegios donde unos dan y otros toman de virtud altos ejemplos. ¿Y de hombre ya? ¿De hombre? Casi á decirlo no me atrevo. Si á los políticos todos se les juzga por sus éxitos y yo en todo he fracasado. ¿quién duda que soy un necio? Por la unión de mi partido trabajo con gran empeño y mientras más años pasan más dividido lo encuentro. Al clericalismo ataco sin descanso y con denuedo, y en España hay cada día más frailes y más conventos. Combato toda injusticia, de toda infamia protesto, y hay cada vez más canallas y mayores desafueros. Pido para los que roban un grillete por lo menos, y aparecen encumbrados los ladrones más excelsos. Clamo contra la miseria que nos devora en silencio y muere todas las noches en la calle algún hambriento. Instigo á los charlatanes de plazuelas y Congreso y surgen nuevos Demóstenes de á perro chico ó de á céntimo. Y no dando pie con bola en nada de lo que intento, pareciera jactancioso el elogio más modesto. Que me juzguen los demás como les parezca. Y tengo para mí, que de este modo resultará malo, bueno, inteligente, ignorante, discolo, humilde, soberbio, abnegado cual ninguno, y cual ninguno funesto; que es lo que les pasa á todos los que del montón salieron.

A las cinco el viernes último me levanto, como suelo hacer diariamente; abro el balcón, y casi veo que ha nevado, y cierro al punto; ante la mesa me siento

y busco á tientas la pluma que al fin miro entre mis dedos. La dirijo varias veces á la boca del tintero, y me equivoco, hasta que por casualidad acierto. Antes de poner sus puntos sobre el papel blanco y terso, pienso en aquella María que me llevara en su seno, y la bendigo. Después el pasado evoco; peso analizo y desmenuzo todos mis actos, y quedo si no muy envanecido, tampoco muy descontento. Por lo cual juro y perjuro, que en el año venidero diré lo que siempre dije al acercarse uno nuevo: «Año nuevo, vida vieja»; como seguiré diciendo hasta que llegue la hora de salir para el infierno á purgar el gran pecado de haber consagrado al Pueblo mi vida, mi inteligencia, mi voluntad, mis esfuerzos, sintiendo su hambre en mi estómago, su frío en mi carne y mis huesos, sus angustias en mi espíritu y en mi corazón sus duelos.

JOSE NAKENS

21 Diciembre 1917.

NOCHE BUENA

Estoy pegado á la chimenea de mi gabinete, y siento frío. ¡Cuánto no hará por ahí!

¡Pobres gentes las que, sin ropa apenas, sin lumbre y con el estómago desalquilado cuentan las horas de esta noche en sus cuartuchos!

Si recordasen que Cristo nació en un pesebre para redimir al hombre, y lo tomaran en sentido irónico, es posible que se les ocurriesen ideas reñidas con el reposo que en este instante disfruto. Mas como no piensan, afortunadamente, puedo echar tranquilo dos leños más á la lumbre para elevar la temperatura.

En verdad sería poco agradable que viniesen á pedirme cuentas de la gran noche que paso, mientras tantos millones de seres humanos dan diente con diente. Sólo de pensarlo me entran ganas de ponerle doble cerrojo á la puerta.

¡El cerrojo! ¡Gran invención! Merced á él puedo defenderme de los malos pensamientos que el hambre y la

escarcha intenten traducir en hechos, en tanto que acude el sereno y llama con su silbato á los guardias, precursores del juez, esa garantía de los que tenemos algo.

¡Lo que es la relación de las ideas! Desde el cerrojo he ido á parar al juez, y desde el juez he dado un salto hasta Dios, pasando por los organismos intermedios. Y, lo que nunca me ha ocurrido, pienso en El con reconocimiento mezclado de ternura, y hasta sospecho que á su bondad debo la satisfacción interior que ahora experimento.

Si, á El debe ser, pues paréceme que renazco á nueva vida. Aberraciones del espíritu, sensiblerías humanitarias, orgullo disfrazado tal vez, lleváronme hasta hoy por caminos de negación y protesta, sin advertir que conducen derechamente á las regiones del escepticismo, donde el alma se huela.

Reforzaré la chimenea para que al cuerpo no le ocurra lo propio, y me entonaré con una copita de amontillado, mientras las panderetas y los tambores celebran con discordantes sonidos el nacimiento del hijo de Dios.

¡Qué acontecimiento tan grande éste en la historia de la humanidad! Estoy por caer de rodillas.

Al predicar el desprecio á los bienes terrenales y aconsejar la resignación á los que sufren privaciones é injusticias en esta vida, Cristo apartó al pobre de las tentaciones que pudieran turbar la paz del rico, fundando sobre tan equitativa cuanto sólida base los cimientos del grandioso edificio social.

Bendita sea por siempre una religión que eleva á virtud el sufrimiento, pues ella, secundada por el cerrojo, la fuerza pública y el juez, me permite recrearme voluptuosamente en la contemplación del termómetro, que marca ya dieciocho sobre cero, sin temor á que vengan á inquietarme los que tiritan.

¡Y no haber comprendido antes lo necesaria que le es al hombre con buena despesa y chimenea una religión que ofrezca al pobre la bienaventuranza eterna, sólo con que se tome la pequeña molestia de resignarse á sufrir constantemente en esta vida deleznable y transitoria!

Para celebrar el fausto momento en que lo he comprendido, voy á obsesarme con un trozo de fiambre y otra copita, no sin dar antes gracias á la Divina Providencia por haber dispuesto que otros cebasen este faisán y exprimiesen este delicioso zumo pensando en mi delicia y regalo.

¡Cuán ciegos ó cuán perversos son los hombres que buscan fuera de la idea religiosa solución á los problemas que preocupan á la Humanidad! Hasta el social, el más terrible de todos, quedaría resuelto practicando sus consoladoras enseñanzas.

No, no cabe dudarlo. El día que la sacrosanta palabra *resignación* ocupase el rango que le corresponde entre las virtudes cristianas, perderían su siniestro significado las de *hambre, frío, tiranía, injusticia*, y tantas otras que excitan, desesperan y arrebatan á las multitudes ignoras é inconscientes...

Mas ¿qué sensación deleitosa se derrama por todo mi sér al emitir tan piadosos pensamientos? Mi alma se eleva á las regiones cerúleas, y dulce languidez invade poco á poco mi organismo... Ciérranse mis ojos, y en mi cerebro nacen, bullen y se confunden millares de ideas inefables que me llevan á admirar la bondad y la sabiduría del Dios que se ha dignado llenar mi despesa y encender mi chimenea esta noche, y á exclamar con mi inmortal maestro Voltaire, en tanto me dirijo á mi cómodo y templado lecho:

«Si no existiera Dios habría que inventarlo...», para que los infelices que á esta hora desfallecen de hambre y tiemblan de frío no interrumpen el tranquilo sueño que me espera por creer en El y confesar su existencia después de haber regalado mi estómago con faisán trufado y Jerez de lo mejorcito en su clase.

1887

EL DIOS DE LOS POBRES

A FRANCISCO F. VILLEGAS

Mi distinguido amigo y compañero: Firmado por Zeda, seudónimo que ha hecho usted célebre, he leído en *La Epoca* un artículo titulado así, en el que hay este párrafo:

«Quitar á los pobres, á los miserables, á los doloridos su esperanza y su consuelo, robar á los hombres su Dios, dándoles en cambio la duda y la desesperación, sería el colmo de las infamias.»

Lo sería, sí; opino lo mismo. Mas para robar una cosa es preciso que exista, y el Dios de los pobres no existe. Por lo menos, yo no sé dónde está. Ni ellos tampoco.

Mi primer impulso al leerlo, fué escribir estas ó parecidas líneas, ya que soy uno de los que tienen derecho á darse por aludidos:

«El colmo de la infamia no sería ese, sino el haber creado un Dios con la mira egoísta y criminal de que los pobres se resignen á sufrir en silencio el hambre, el frío, la injusticia, por la esperanza de alcanzar en otra vida la dicha que disfrutan en ésta los que generosamente les regalan ese Dios. Porque es crueldad inaudita, con honores de sarcasmo, el inventar para los que nada tienen un Dios que nada les da ni para nada les sirve, y en cambio les quita energía para el esfuerzo.»

Mas como resisti el primer impulso, hoy, con tranquilidad perfecta, me li-

mito á decirle á usted, amigo Villegas: «No quiero discutir acerca de la existencia de Dios; la admito desde luego. Mas como no sé dónde está y anhelo verle, vamos á buscarle.

Penetremos en una de esas habitaciones donde mucho antes de amanecer se ven tres ó cuatro mujeres dedicadas á una labor suicida, que sólo interrumpen una vez al día para tomar á toda prisa un alimento insuficiente, y que no dejan hasta caer rendidas sobre la cama poco antes de media noche. ¿Es aquí donde está el Dios de los pobres?

Abriquémonos bien, vayamos á las siete de la mañana al Manzanares, y busquemos á ese Dios entre los témpanos de hielo y la humedad de la niebla, destapemos los miserables cestos en que las infelices lavanderas llevan la comida, y á ver si lo encontramos entre aquellos mendrugos de pan duro, aquellas sardinas saladas y aquellas piltrafas de una carne inverosímil que se agrupan en el fondo. ¿No está aquí tampoco?

Apostémonos una de estas madrugadas de nieve, lluvia y ventisca en las afueras de la población, y veamos entrar á hombres, mujeres y niños que afluyen de los pueblos inmediatos, soñolientos, débiles, calados y tiritando, conduciendo productos para el consumo de los que en aquel instante descansan tranquilos en alcobas confortables, precisamente por no tener ni relaciones remotas con el Dios de los pobres. ¿Viene con ellos acaso?

Corramos al campo y busquemos las huellas del paso del Dios de los pobres en los surcos endurecidos por la escarcha, en los rastros quemados por el sol, en los pantanos que exhalan miasmas de muerte; registremos cuidadosamente la tierra removida; agucemos el oído para oír su voz en cada golpe del azadón que, ya al caer la tarde, rendido por la faena de todo el día, da el infeliz jornalero. ¿Se ve en alguno de esos sitios?

A las minas no bajemos, porque allí de seguro no está. La humedad, las tinieblas y el grisú alejan hasta la idea de que nadie haya tenido la osadía de inventar ese Dios.

Subamos á las buhardillas, bajemos á las chozas, y en ninguna parte encontraremos ni huellas de él, á no ser que lo admiremos en la resistencia que tiene el organismo humano para soportar por mucho tiempo los dolores más grandes, las privaciones más horribles, cual si hubiera sido formado con la previsión infame de que fuese más duradero su martirio.

No; por ninguno de esos sitios ha pasado Dios, ni el diablo siquiera; porque el diablo, aun cuando sea con la perversa intención de perder las almas, se cuida de que los cuerpos se mantengan en buen estado de conservación para que la carne tenga más ansias de pecar y no halle después medio de salvarse.

¡El Dios de los pobres! Dejemos de buscarlo, culto *Zeda*, por esas habitaciones sin pan, sin lumbre, sin muebles, donde los niños tiritan desfallecidos, las madres lloran nerviosas, los hombres blasfeman desesperados, pues no encontraremos un rincón siquiera que atestigüe que por allí pasó, y hagamos que lo llamen y lo invoquen los que lo necesitan.

Llámalo tú, madre que no puedes darle pan á tus hijos; llama á ese Dios de tu propiedad, llorando, arrodillada, con las manos juntas, como quieras, en fin; y si acude á remediarte, maldice de cuantos procuramos quitártelo.

Junta tus manecitas é invócalo tú, niña inocente, para que salve á tu madre, que agoniza por no haber comido nada en muchos días á fin de que tú comieras algo, y si se te aparece, pídele que confunda á los que negamos su existencia.

Dile que venga á verte, tú, obrero que cruzas los brazos inactivos sobre el pecho y fijas tu mirada melancólica en el grupo que forman tus escuálidos hijos tendidos sobre un maltrecho jergón, estrechándose unos contra otros para ver si pueden entrar en calor; y, si acude, asesina al primer impío que encuentres al paso, por haber arrancado la fe de tu pecho.

Mas no haya temor de que asesine el obrero á ningún impío, ni la niña pida que lo confundan, ni la madre que lo maldigan, porque el Dios de los pobres no existe, y harto lo saben ellos. Como saben además que, en tanto se les habla de excelencias de la otra vida, ellos van desfilando en fúnebre y continua procesión al cementerio antes de cumplir el plazo fatal que por término medio ha marcado la Naturaleza á la existencia humana; y que hoy es una joven anémica, mañana una madre que se quedó sin sangre por dársele á su hijo, pasado un niño que no pudo nutrirse, y todos los días jóvenes tísicas, hombres extenuados... ¿Cuántos son? ¿Quién los cuenta? ¿Quién los ve siquiera?

No, *Zeda*, no. El que quita á los pobres la esperanza en la otra vida, los deja como están; no, los deja mejor, pues les enseña á buscar en ésta lo que únicamente encuentran quienes les regalan aquella.

Y esto no es pedir satisfacciones de apetitos, ni desbordamiento de pasiones; es sencillamente poner á los pobres en condiciones de creer que, si Dios existe, no existe para ellos.

Entristece ver á hombres de inteligencia privilegiada poniéndose al servicio de ideas absurdas, contribuyendo así á que el error y la ignorancia se perpetúen, y haciéndoles coro á la turba de escritores clericales que piden siempre inspiración al pesebre, aun cuando éste sea aquel de Belén. ¿Que les dejen á los mal olientes y grotescos clericales si se meten en su terreno? Por conmiseración por no

quitarles el pan, deberían permitirles cultivar solos la especialidad de escoger adjetivos de mal gusto para aplicárselos á los que declaran noblemente que no creen en nada de lo que se ha inventado para explotar y dominar á las multitudes.

Digno de ellos, como de cuantos tenemos una pluma que mover ó una palabra que pronunciar, sería el llevar consuelos reales, esperanzas factibles y soluciones prácticas á esas multitudes que derraman gota á gota su sangre y dejan jirón á jirón su carne en la lucha por la existencia; tan digno, como indigno es ponerse de parte de quienes les han arrojado el hueso de la otra vida para que se pasen ésta royéndolo.

Porque ¿á quién aprovechan las virtudes del pobre, suponiendo que sean virtudes la resignación suicida y la ignorancia criminal, sino á los que le ofrecen otra vida para ellos acaparar ésta? Tomada la cuestión en este sentido, no digo un Dios, habría que inventar veinte ó treinta y adjudicárselos á los pobres. Uno es poco; ya la fiebra, entretenida hasta ahora con huesos, pide carne, y hay que arrojársele, ó crear dioses en número suficiente para contenerla.

Lo repito, *Zeda*: el que les quita á los pobres su Dios, no les deja en cambio la desesperación y la duda; por el contrario, los incita al trabajo que dignifica, á la lucha que fortalece, diciéndoles que nada en el mundo se logra por otros medios que por la fatiga individual y por el esfuerzo colectivo; les arranca de cuajo esa enervadora confianza en la intervención de poderes sobrenaturales que los apartan de lo único que puede salvarlos; y no les ofrece billetes de la lotería de la Eternidad, para que no se abandonen, como el que juega á la Nacional, á la enervante y falsa esperanza de hallar la dicha fuera del propio esfuerzo.

¡Compasión para todos los infelices, *Zeda*! Ya que carezcan de pan, no les quitemos los medios de obtenerlo, predicándoles una resignación de corderos rehida con la dignidad humana, contraria á los fines de la Naturaleza, y útil sólo para los que vienen al mundo con la misión de vivir á costa del trabajo ajeno.

Comprendo que á través de los cristales de sólido palacio episcopal cuyas habitaciones templán los troncos de encina que arden constantemente en las chimeneas, se alabe á un Dios que así vela por sus elegidos; mas no que cuantos del trabajo vivimos les hagamos coro, y en vez de animar á los pobres para que busquen en sí propios lo que ningún Dios ha de darles, los perturbemos con paradojas y los enervemos con mitos.

Maldito sea una y mil veces el que inventó el Dios de los pobres, porque ese conderó á generaciones enteras á arrastrar una existencia miserable, apartándolas de los únicos senderos

por donde pudieran llegar á su redención: al trabajo y el estudio. Maldito si, porque puso en manos de los hombres sin conciencia un arma terrible que sin cesar esgrimen contra los desventurados.

1895

OTRO MENOS

«Ha fallecido en Bilbao, donde residía algunos años ha, un querido amigo mío: José E. Tortajada, antiguo colaborador de EL MOTIN. Ameno prosista, literato fácil, de grandes vuelos. Si las circunstancias económicas le hubieran colocado en condiciones de no cultivar más que la literatura, hubiera descollado en ella notablemente, creándose un nombre, una personalidad propia bien definida. Casi todos los géneros literarios los dominaba. Si no los dominó todos fué porque sus trabajos mercantiles le robaban casi todas las horas del día. Era un buen cronista, buen crítico, cuentista, poeta... Una temporada le dió por imitar á los grandes escritores contemporáneos en su estilo característico, y fué un verdadero acierto, un triunfo decidido el que se conquistó en aquellas notabilísimas crónicas publicadas en un periódico de Torrelavega. No recuerdo el título de aquella modesta publicación, de la que era Tortajada alma y vida. En ella está su obra grande de buen literato, donde se le puede estudiar bajo muchos aspectos. En *El Miño*, de Orense, escribió también delicados artículos. Y no hay que decir de sus famosas crónicas publicadas en EL MOTIN, tan delicadas de forma y de enérgico fondo; el anticlerical de siempre murió fuera de la Iglesia. Canónicamente enterró su cuerpo la familia no sé por qué. ¡Les pasa á tantos esto!...

Bien mirado, esto no tiene la importancia que le damos.

Al hombre que sembró semilla de verdad en vida, nada puede perjudicarle el que después de muerto dejen de cumplir su última voluntad en este punto los que quedan.

Los gusanos llenan su misión lo mismo tratándose de católicos que de impíos y la tierra pudre igualmente á unos y otros.

Y en cuanto á lo demás, de alma, tierra sagrada, vida eterna...

¡Música!... ¡Música!... ¡Música!...

Mejor dicho:

¡Sacadineros! ¡Sacadineros! ¡Sacadineros!

— Doctor, ¿cómo encuentra usted á mi marido?

— No muy bien, señora. Necesita, sobre todo, mucha tranquilidad. Así, pues, voy á recetar inmediatamente un calmante.

— ¿Y cuándo habrá que dárselo?

— ¿A él? No, señora; el calmante es para usted.

— ¿Qué me dice usted, doctor, de ese paciente mío que le he recomendado? ¿No es verdad que más tiene aprensión que otra cosa?

— No me hable usted, hombre; tiene una salud que desafía á todas las medicinas.

VISITA MOLESTA

A eso de las tres de la tarde del jueves último se me anunció que deseaba hablarme un sujeto.

—Que pase, respondí.

Y entró un hombre bien portado, me dijo después de los cumplimientos de rúbrica:

—Dispénseme usted que venga a molestarle sin tener el honor de conocerle; pero sabiendo que es usted enemigo declarado de toda farsa, toda men-

tira y toda superschería, no he vacilado en dar este paso, por si quiere ocuparse en EL MOTIN de un hecho vituperable que se está dando actualmente en Madrid á ciencia y paciencia de las autoridades. Haga usted el favor de leer este anuncio, añadió, sacando del bolsillo una tarjeta.

—Sírvese usted leerme, porque ando mal de la vista, le contesté.

Y leyó:

M^{ME}. D'ARNAULT CELEBRIDAD EUROPEA

TRANSMISION DEL PENSAMIENTO Y MAGNETISMO

M^{ME}. D'ARNAULT PROFETISA MODERNA

ADIVINADOR (DE SECRETOS)

Tiene el honor de informar á la Sociedad que consultará todos los días de nueve mañana á siete tarde. Excepto los lunes.

CALLE DE LA PUEBLA, N.º 18, PISO 1.º, 1.ª PUERTA.

Aconseja sobre todos los asuntos que se presentan en la vida. Indica su fácil remedio. Alivia las penas y devuelve la tranquilidad moral por medio de una acción oportuna y previsora.

Si sufren celos, contrariedades, amores, si quieren vencer obstinados desaires y olvidar, vengan en mi busca, haré luz en sus ofuscadas inteligencias, marcando el verdadero camino que se debe seguir para hallar la felicidad y la calma.

Nada de misteriosos filtros y brebajes. Nada de influjo sobrehumano. Sólo la ciencia de Mme. d'Arnault y su dilatadísima práctica de la vida la hacen triunfar, asegurando éxito en todo.

CASA DE CONFIANZA

DISCRECION

—¿Qué le parece á usted?, exclamó indignado mi visitante al acabar la lectura. En este país no hay autoridades, ni policía, ni justicia, cuando pueden los embaucadores estafar impunemente á las personas honradas.

—Tiene usted razón; toda mi vida vengo diciendo lo mismo. ¿Y dónde le han dado á usted ese anuncio?

—No me lo han dado á mí, sino á mi mujer y mi hija al salir esta mañana de oír misa de la iglesia de los Dolores.

—¡Ah! ¿Es usted católico?

—Sí, señor.

—¿Y cómo entonces ha venido aquí?

—Por saber que, aun cuando usted no lo es, combate á todos los farsantes y embaucadores.

—¿Y, claro, siendo usted católico, admitirá todos los misterios y milagros de su religión?

—A cierra ojos.

—¿Y no dudará de nada de lo que ofrece á los creyentes?

—De nada en absoluto.

—En este caso, conténtese con esas verdades perfectamente demostradas... para usted, y deje á los embaucadores profanos buscárselas como puedan.

—¿De modo que usted se niega?...

—¿A combatir á los embaucadores? No. A lo que me niego, es á hacer el juego á los grandes reventando á los chicos.

—Me retiro con permiso de usted, pues veo que me he engañado. ¿Tiene usted algo que mandarme?

—Sí; que se sirva usted leer á su señora y á su niña, para que no se escandalicen tanto cuando al salir de la iglesia les pongan en la mano el anuncio de cualquier charlatan, los versículos aquellos del Evangelio que fustigan á los que ven la paja en el ojo ajeno, y no la viga en el propio, así aprenderán ustedes á ser justos y equitativos hasta para zaherir á los embaucadores.

Al oír esto salió disparado mi hombre hacia la puerta del gabinete, que cerró violentamente, pronunciando palabras entrecortadas, entre las que creí escuchar las siguientes: «Si no estuviera en su casa»...

Y no quise contestarle «lo hubiera mandado á usted á la mierda», lo que aquí no he hecho, por temor á que supusiera que entre los impíos existen hombres tan mal educados como entre los frailes.

Juntas de Ataque

Recuerdo que en mis mocedades se hablaba mucho de la *Partida de la Porra*, cuyos fines eran de saneamiento, ó renovación, como ahora se dice. Modernamente reconstituyó la

Partida de la Porra con otro nombre y otros fines la sociedad de panaderos, que con razones contundentes de sendos garrotes, convencían á los reacios de que debían ingresar en la sociedad.

Consiguieron los antiguos que los gobernantes no se entregasen descaradamente á la busca y captura de toda clase de negocios.

Consiguieron los panaderos una sociedad vigorosa y única puesto que en Madrid no podía trabajar ningún panadero que no estuviese asociado.

**

Dicen los concejales y alcaldes que han tomado todas las previsiones posibles, para que no falte el gas, que han facturado tantas toneladas desde la Robla, otras desde Asturias y otras por vía marítima consignadas á Alicante; que tienen una Comisión vigilando la marcha de los vagones en las líneas y que el ministro de Fomento hace cuanto puede para ayudarles.

Y yo pregunto: en las previsiones que tomaron ¿no contaron conque en el mes de Diciembre nieva y pueden interrumpirse las líneas?

El stok que preparaba con tanto cuidado el Sr. Prado Palacios que les dejó en la fábrica carbón para seis días y en camino carbón para nueve ¿qué se hizo?

Desde los tiempos del Sr. Prado Palacios hasta ahora, se ha disminuido el alumbrado, y por tanto el consumo, y á pesar de eso se gastó cuanto carbón vino y el stok existente. ¿Esto es previsión?

**

Se dice que los carboneros al por mayor dan una prima de nueve pesetas en tonelada por el cok del gas. Se dice que expediciones consignadas al Ayuntamiento se han traspasado á los almacenes, y por último, se dice que se produce más cok del necesario para el gas que se consume.

Yo no me atrevo á creer que esto sea verdad, pero como no hay medio oficial de comprobarlo, se me ocurrió la siguiente idea, inspirada en el suelto de igual título que nuestro querido D. José dió en el número anterior, y es la siguiente:

Constituir una JUNTA DE ATAQUE de ingreso voluntario y formada por HOMBRES que estén dispuestos á depurar las responsabilidades que no son justificables y con los argumentos y razones que utilizaban los panaderos para atraer socios, «convencer» á los concejales y demás auxiliares del cohecho, el soborno y el negocio en todas sus manifestaciones, que si se puede burlar la ley y abusar de un pueblo de mujeres, corre riesgo el sombrero cuando se trata de hombres que se asocian, no para defenderse, sino para atacar á quienes los engañan, los roban y los desprecian.

Claro está que la constitución será



Los alemanes entran en Francia y dejan muchos templos como la catedral de ipres, representada en esta tarjeta.
Los ingleses entran en Jerusalén al mando de un general judío, y respetan templos católicos, sinagogas y mezquitas.
Y los clericales españoles desean el triunfo de Alemania y el aniquilamiento de Inglaterra.

Ayuntamiento de Madrid

reservada y no se hará reglamento, ni estatutos, ni discursos...

En esta redacción se admiten adhesiones.

JUAN PÉREZ

Cine clerical

Lengua de víbora

—¡Qué humor tiene esta doña Basilis!

—¿Pero de dónde demonios se saca usted tanta picardía?

—Pero, hija, si son cosas que han pasado. Los curas y monjas, como los frailes, son gentes de carne y hueso como todos los demás, y han tenido sus flaquezas y pecadillos.

—Pues yo no opino así. Todo eso que nos ha contado usted son chascarrillos de almanaques impíos, inventados por republicanotes, gentuza sin conciencia que no tienen más misión en el mundo que desacreditar á las personas consagradas á Dios.

—Pero, diga, doña Perfecta: eso del obispo, que estando de visita pastoral, se equivocó de cuarto y se metió en la habitación del ama del párroco, ¿es imposible?

—Imposible no hay nada en este mundo; pero todo eso son mentiras, ea, y no hay ningún obispo capaz de hacer eso. No, y no, y no.

—Lo menos cree usted que estos señores han nacido como los hongos, debajo de un pino, y que no son hijos de madre como los demás.

—Sí, señora, pero su deber, su ministerio, la misión que tienen en el mundo les obliga á dominar sus pasiones, y á no hacer lo que hacen los demás.

—Sí, sí; eso es lo que debieran hacer, pero no lo hacen. A lo sumo, guardan las apariencias, pero si están seguros de que las cosas han de quedar ocultas son unos potros desbocados.

—Claro, usted que va á decir. Usted come el pan de los liberales y de esa gentuza sin Dios, y tiene usted que cumplir la consigna, que es desacreditar á las personas de Iglesia.

—Oiga usted, señora: yo digo lo que creo y me dicta mi conciencia.

—Y yo la mía.

—Vaya, no riñan ustedes por eso...

—Como si no supiéramos todas ciertas cosas.

—¿Qué cosas sabe usted?

—Lo que todo el mundo: que el párroco de San Lucas la pasa á usted diez duros mensuales y en cambio tiene á su hermana muerta de hambre.

—Hace de su dinero lo que quiere, ¿estamos?

—Sí, pero no lo que debe... Verdad es que su hermana no le puede prestar ciertos servicios.

—¡Indecente! ¡Grosero! Yo soy una señora honrada... Lengua de víbora...

¡Qué más quisiera usted que ser el párroco de San Lucas!

—¿Para darla á usted diez duros? ¡Dios me libre!

FRAY GERUNDIO

Don José hace mucho tiempo que está enfermo.

—Bautista, le dijo el otro día á su criado, el médico no acierta á curarme; estoy cansado de él. ¡Ojalá no volviese!

—No tenga usted cuidado, señorito...

Al día siguiente, cuando llega el médico, Bautista le detiene en el recibimiento.

—Lo siento mucho, señor doctor; pero no puede usted entrar...

—¿Cómo?

—Mi amo está demasiado enfermo para que pueda verle.

IRENOVACION!

Palabra mágica, grito ó lamento que exhala un pueblo en sus ansias del difícil vivir. Cambios frecuentes de gobernantes imponen los grandes problemas que la locura general económica ofrece. La industria se desorganiza, el trabajo se hunde, la agricultura retrocede, y unos cuantos agiotistas acumulan en los Bancos el producto de la miseria de todos.

Este es el cuadro y no otro. Hasta ahora, todos los hombres que llegaron á las alturas del poder público, ofreciendo resolver la situación, resultaron pequeños ante la magnitud del problema. No dudemos de su fe. Necesitamos hoy creer, creer siquiera en la intención de quienes renovando, como ellos dicen, nuestras costumbres públicas, hagan renacer en España las energías propias de un pueblo bien mantenido. Que trabaje, pero que no vaya al trabajo con un mendrugo en el taleguillo y media sardina.

Pero esa buena fe y esos heroicos propósitos necesitan muchas energías, pues las fuentes por donde escapa á torrentes la sabiduría de que al país se priva, debido á esos viejos moldes cuya renovación se ofrece, es urgente y preciso cegarlas, y nosotros vamos á seguir ofreciendo medidas tan justas como radicales para ir re integrando á la nación de todo lo que es suyo: de sus ahorros, por fuerza y con hambre acumulados.

La mayoría de esas medidas encajan dentro de las facultades privativas del poder ejecutivo; y en estos tiempos en que á todos alcanzan las consecuencias funestas de la conculcación sistemática de nuestras leyes fundamentales, con un poco de patriotismo y otro poco de buena fe, cualquier hombre honrado puede poner su firma al pie de ellas.

No es lícito ni es honrado estudiar la manera de que la peseta española pierda su alta estimación para facilitar los cambios con el extranjero; esas ideas no pueden caber, aunque se las atribuyan, ni aun en la mente de aquellos economistas que antaño hicieron perder la cabeza hasta á las cerillas fosforadas. Las ventajas económicas que una nación adquiere en las luchas anormales no puede renunciarlas, porque son hijas de dolorosos sacrificios; aun no siéndolo, jamás las renunciaron las demás naciones en su obsequio, cuando

los papeles estuvieron invertidos; pero es de justicia y de razón que esas ventajas redunden en beneficio general del país, no solamente de unas docenas de particulares, muchos de ellos porque tuvieron el mérito, la ocasión y las necesarias complicidades para macerar las previsiones de la ley en los viejos y desacreditados moldes que exigen la regeneración de nuestras costumbres públicas. La peseta, ya que puede ser actualmente, sin perjuicio para nadie, debe para siempre ser peseta oro; no debe volver á ser moneda convencional entre vecinos, ni falsificable con su propia ley metálica, por valer menos de la mitad de lo que representa. El duro sevillano ó alicantino ó catalán—que también los hay—es una deshonra nacional y el abrevadero permanente de muchos picaros.

Puede y debe hacerse, si los propósitos de renovación son tan sinceros como nosotros deseamos.

Con los intereses que el Banco de España cobra por los valores públicos que tiene en cartera, constituyendo parte de la garantía de sus billetes circulantes, se coloca la moneda de plata al nivel en valor intrínseco con el legal que representa.

No cabe perjuicio para nadie, puesto que hoy cambia á la par con el oro de todos los países, y en plaza, con premio sobre el oro amonedado de los países extranjeros.

Resultaría de esta medida una carambola, que vamos á señalar: los cambios bajarían, porque ahora no tienen más diferencia que un 5 por 100, la que señalan las cotizaciones entre el oro español y el extranjero. El otro margen, el del 25 ó 30 por 100, es el que queda á favor del exportador español, fraudulento ó autorizado, que compra al tipo plata en el país y vende al tipo oro en el extranjero, aunque parezca todo lo contrario.

FRANCISCO RIVAS

Barcelona, Diciembre 1917.

DECRETO

Desde la publicación del presente decreto en la *Gaceta de Madrid*, se entenderá que el régimen monetario español tiene por base ó patrón el oro, quedando por lo tanto excluida de conceptualización fundamental la moneda de plata, como lo está la de cobre, y circulando sólo como moneda fraccionaria.

No será, por consiguiente, permitido al comercio y á la Banca establecer en su contabilidad la distinción de cuentas plata ni cuentas oro, pues que al hablar de pesetas se entenderá indefectiblemente oro.

La circunstancia de cambiar la peseta á la par con el oro amonedado y con premio sobre el de muchos países, debido á la anomalía económica mundial, aconseja esta medida cuya transcendencia en beneficio del interés general del país no necesita encarecimiento.

DECRETO

Como los valores públicos que el Banco de España tiene en cartera, importantes más de seiscientos millones, sirven de garantía á su circulación fiduciaria, supliendo igual suma de reservas metálicas, los intereses que este papel devengue deben quedar y quedan desde el actual trimestre á favor del Tesoro Público, para aplicarlos á la mejora intrínseca de la moneda de plata, hasta nivelar su valor intrínseco con su valor nominal, sin otra diferencia que la necesaria para que su acuñación no perjudique los intereses del Estado, en

proporción que imposibilite la producción clandestina de moneda con análoga confección de metal fino que la moneda legítima.

DECRETO

El Tesoro Público procederá á la acuñación de monedas de plata de una, dos y cuatro pesetas, con peso de ocho, dieciséis y treinta gramos; 800 milésimas de ley las dos primeras y 900 milésimas la última.

Al ponerlas en circulación por medio del Banco de España, retirará de ella doble suma de las que actualmente circulan del mismo valor, salvo las de cuatro pesetas, cuya suma será canjeada en la proporción dicha por monedas de cinco pesetas.

Si los beneficios de acuñación no fueran bastantes á cubrir todos los gastos que origine la transformación monetaria que el presente decreto dispone, el déficit se atenderá con los intereses de los valores públicos que el Banco de España tiene en cartera, á tenor de lo dispuesto en otro decreto de esta misma fecha.

LA BENEFICENCIA

Antonio Muere de hambre es un pobre obrero sin trabajo, que habita con su familia en un zaguizami de una casa vieja y destartada. Vive de... la caridad.

Un día vuelve á su casa muy alegre.

—¡Alegráos, queridos míos; hoy os traigo buenas noticias! He encontrado trabajo.

—¡Bendito sea Dios!

—¡Sí, bendito sea Dios, y el gobierno, que es quien me lo da!

—¿Con qué mañana...—dice su mujer.

—¿Mañana? ¡Qué prisa tienes! El trabajo que he encontrado empezará... dentro de diez meses.

—¡Ah!

—Sí, dentro de diez meses comenzarán una porción de obras que hay proyectadas. Alegrémonos, pues. Dentro de diez meses... comeremos también nosotros.

—Y en tanto, ¿cómo vivimos?

—En tanto? Es verdad, no había pensado en ello.

—No tenemos pan y nadie nos socorre.

—Es verdad... ¡Qué imbécil soy!... Pero ¡ah! No os había dicho todo. Figuro entre los pobres que han de ser socorridos en la gran fiesta de beneficencia que va á darse en el teatro.

—¡Una fiesta para los pobres!

—Sí. Figúrate que todos los señores y señoras que se compadecen de los necesitados son los que darán esa fiesta, una fiesta en toda regla, y que ya han gastado no sé cuántos cientos de pesetas en los preparativos.

—¡Oh! ¡Si se las hubiesen dado á los pobres!...

—¡Tonta! Considera que son señores y deben divertirse... ¡Y después dicen que los señores no piensan en los obreros!

—Y cuándo se dará esa fiesta?

—Dentro de quince días.

—¡Ah! Y en tanto?

—En tanto... en tanto hay que procurar no morirnos de hambre.

—Eso se dice pronto. ¿No nos podrían adelantar hoy mismo algo á cuenta?...

Es la noche de la fiesta. Fuera del teatro está nuestro hombre con su familia contemplando infinitad de luces y adornos, viendo llegar carruajes con cocheros

galoneados y brutales luciendo ricas libreas, y entrar señoras lujosamente vestidas; entreviendo los estantes llenos de refrescos y pastas, y los grandes ramos y corbeilles de flores con cintas colgantes de raso recamadas de oro. Y mientras ve todo eso, siente que se le doblan las piernas de hambre, y no puede por menos de exclamar:—¡Oh! ¡Si me dieran siquiera una cinta de esas, ó un ramo!...

Y los chicos perciben en el aire el olor caliente é incitador del buffet, y uno de ellos se propasa á pedirle limosna á un caballero, el cual le contesta indignado:

—¡Pedir limosna esta noche! ¿No ves que voy á pensar ahí dentro en los pobres? ¿Y quieres que vacíe la bolsa aquí fuera?

—Después de todo—dice para sí Antonio Muere de hambre—tiene razón. Bastante hacen. ¡Ah! ¡Qué caritativos son estos señores!

Durante varias horas se oyen desde fuera música, gritos, cantos y un barullo cada vez mayor. A la de la salida, los señores y las señoras están rendidos, ébrios, con los rostros amoratados y los vestidos sucios...

—¡Oh! ¡Pobre gente!—exclama Muere de hambre.—¿Cómo llegan á ponerse por hacer un poco de bien á los pobres!

—Mira, papá, aquel señor que no se tiene en pié... Mírale... Si no le sostiene el lacayo, cae al suelo.

—¿Sí? ¿Quién sabe lo que ha tenido que beber ese caritativo señor por hacer bien á los pobres!

Al día siguiente, Antonio Muere de hambre se presenta al Comité para recibir la parte que le corresponde en la función de Beneficencia.

—¿Qué quiere usted?

—Pues... lo que me toca.

—¡Imbécil! ¿Cómo vamos á darle hoy el dinero? Las señoras del Comité están en la cama todavía, y la secretaria tiene una gran indigestión de bizcochos. Además tenemos que hacer las cuentas.

—Entonces ¿cuándo he de volver?

—Dentro de veinte días.

—¡Veinte días!

—Sí, y si no quiere usted volver, no vuelva. ¡Qué gentes! Después de lo que se hace por ellas, aún vienen con exigencias inadmisibles. Creen que no tenemos que hacer más que pensar en sus necesidades. Quisieran que se hiciesen las cuentas en dos horas. Cuatro, ocho... y, ya está todo. ¡Oh! ¡La ignorancia!

—Es verdad—piensa Antonio marchándose.—Estos señores tienen que hacer las cuentas y necesitan una veintena de días para distribuir equitativamente lo recaudado.

Es el día del reparto.

Muchos señores y señoras van llegando al local del Comité. El número de pobres es tan grande, que hay precisión de que formen fila y esperen algunas horas.

Antonio Muere de hambre, que, después de veinte días, está reducido... á la menor cantidad posible de hombre, se arrastra por entre la multitud y llega al sitio donde distribuyen el socorro. Una señorita muy adornada con lazos, flores, oro y brillantes, y sonriendo de una manera que quiere ser angelical, deposita en su mano la respetable suma de... cuatro céntimos.

—¿Cómo!... ¿Cuatro céntimos?

—Y no está usted contento, después de todo lo que hemos hecho?

—¡Y pensar que yo—murmura un señor ya viejo—por amor á los pobres he tenido

un cólico! Si no le satisface á usted lo que le damos, ahí están las cuentas. Nosotros lo hacemos todo con claridad.

Antonio examina las cuentas.

	Ptas. Cts
Alquiler del teatro.....	90
Luz.....	57'23
Refrescos.....	320'50
Objetos para la rifa.....	597'25
Flores y regalos á las señoritas que se han prestado galantemente á tomar parte en ella..	480'50
Adornos.....	283'75
Gastado en pastas.....	34'15
Gastos diversos.....	117'23
Personal del teatro.....	60
Total	2.040'61
Importa lo recaudado.....	2.160'61
Total de gastos	2.040'61
Restan	120 »

Divididas 120 pesetas entre 3.000 pobres que han solicitado socorro, le corresponde cuatro céntimos á cada uno.

Bibliografía

La Mentira del 3 de Agosto de 1914.

La obra que con este título ha publicado un escritor francés que oculta su nombre, es una fuente más (y de las más ricas) en que pueden hallarse informes sobre los orígenes de la guerra europea.

El autor, prestigioso periodista, y oficial que se batió en los primeros meses de campaña y sirve hoy á la patria en puestos que exigen gran inteligencia, ha reunido documentos oficiales y relatos de hechos contrastados con honradez de verdadero historiador. El resultado ha sido uno de los libros más interesantes que sobre la guerra se han publicado y una de las acusaciones más severas contra la política imperialista de Alemania.

La Casa Editorial Prometeo de Valencia ha hecho una cuidadosa traducción que circulará rápidamente por España.

Precio de la obra, 3 pesetas.

ALMANAQUE

cómico DEL CARLISMO

para 1914

con sesenta caricaturas

Precio: 1 peseta.

Cien sonetos

JOSE NAKENS

Precio: UNA peseta.

Espejo moral de clérigos

Para que los malos se espanten y los buenos perseveren,

Ó SEA

RECOPILACION ESCOGIDA

DE LOS CELEBRES Y ODORIFICOS

Manojos de flores místicas

PUBLICADOS EN EL MOTIN.

POR

JOSE NAKENS

Precio: UNA peseta

La Musa anticlerical

El cura por fuerza

Cansado de trabajar más de lo que es necesario el sacristán de un lugar, quiso el hombre descansar dentro de un confesonario.

Como estaba tan rendido, al minuto de sentarse dió su faena al olvido y vino el pobre á quedarse profundamente dormido.

En esto entró con urgencia la devota Leonor, en busca de penitencia á descargar su conciencia á los pies del confesor.

Se va hacia el confesonario, no ve á nadie, se arrodilla, deja en el suelo el rosario, se aproxima á la rejilla todo lo que es necesario, y con acento contrito y con solícito afán comienza á hablar muy bajito, en tanto que el sacristán dormía como un bendito.

Pero al ruido que ella hablando producía, despertó, estuvo un rato escuchando, y al cabo se convenció de que estaba confesando.

Comprendió el hombre enseguida toda la equivocación por la devota sufrida, y vió que su situación era muy comprometida.

Si de su error la sacaba, y ella al ver ese desmán al párroco se quejaba, de seguro le costaba la plaza de sacristán.

De modo que prefirió á descubrirse, callar, atento oído prestó, y así se vino á enterar de todo lo que ella habló.

Sus pecados la cuitada con la voz entrecortada decía... ¡Si serían buenos, que el hombre no pudo menos de soltar la carcajada!

Como un rayo levantóse, miró adentro con afán, al sacristán encontróse, su rostro al punto encendióse y así dijo al sacristán.

—¡Infame, pilló, malvado! yo le diré al señor cura que su puesto has usurpado, valiéndote ¡condenado! de que está la Iglesia oscura.

Y el sacristán ofendido exclamó con duro acento: — Si dice usted lo ocurrido, voy á ver á su marido yo también, y ¡se lo cuento!

Ignoro lo que pasó, ni lo que ella le diría; sólo sé que se marchó y ya no se confesó nunca, ni en la sacristía.

GABRIEL MERINO

■ ■

Hartos ya de soportar allá por Navamelones las injustas agresiones del párroco del lugar, los vecinos una manta cogieron, y allí embutiendo la masa del reverendo, tan maciza como santa, con su peculiar donaire y con impla frescura el cuerpo del pobre cura sacudieron por el aire.

Y aún dice el *páter* (que es feo como noche de tormenta) que los fieles por su cuenta le han regalado un *manteo*.

■ ■

La despedida

Con el diminuto cofre apoyado en la cadera, el mantón hasta la barba y el hatillo en la cabeza, de pie, rígida, llorosa en el umbral de la puerta, con suspiros más profundos que los rezos de cuaresma, tal se despidió Fabricia del *páter* Casto Revenga, y así le dijo la moza, dando al alma rienda suelta: «Adiós; te dejo á tus anchas; mas ya que cual bota vieja me desechas como inútil para tomar otra nueva, permitan Dios y la Virgen que el pago que me das tengas; que la que me sustituya sea perezosa y puerca, de la costura enemiga y gran amiga de *juergas*; infecunda en el trabajo, para lo demás coneja, y tenga muchos más vicios que pelos en la cabeza. Ni un bautizo miserable de tus feligreses veas, y en casa, tuyos ó ajenos, lluevan chicos por docenas; que no te caiga una misa que valga peseta y media, ni un entierro en todo el año, ni un sermón, ni una novena, ni siquiera un mal responso de cuatro miserables perras; que nadie frecuente el templo y que llegue á criar hierba, pero venenosa, para que no te aproveches de ella; que las monjas te repudien, que el obispo te reprenda, que el sacristán no te deje ni conatos de una vela; que el alcalde te arme broncas; que el delegado de Hacienda

te imponga feroces multas; si armas rifas ó almonedas que se te vierta el aceite que á las ánimas secuestras; que cuando viejo caduco ya ni con la bula puedas, vengan vigorosos frailes á hacerte la competencia no perdonando beata ni respetando peseta, para que rabies de celos como los que me atormentan; y que el salado MOTIN te saque siempre á la escena: que será el mayor castigo de tu conducta perversa.»

JOAQUIN G. LOSADA

■ ■

El hijo del sacristán que tienen en el Troncoso preguntó al *páter* Damián, que es en extremo jiboso: — ¿Usted podría ser padre? y le hubo de responder: — Pregúntaselo á tu madre. que lo debe de saber.

JOSÉ MARTÍNEZ MEDINA

■ ■

Con el padre Bernardo confiesa Juana y la acompaña el padre luego á su casa. Como es tan buena, va á ayudarle á que cumpla la penitencia.

■ ■

Si el hombre es hijo del mono, como dijo un autor grave, ¿quieren ustedes decirme de quién descienden los frailes?

■ ■

Mal ha predicado el cura, dijeron unas devotas, y yo repuse:—Es verdad; hablaba á tontas y á locas.

■ ■

Entre hábitos y sotanas son las broncas infinitas, por si los muertos me quitas, por si las misas me *afanas*.

■ ■

Nació con cara de bruto, chupó como seis abades, de chico no aprendió nada, fué en su juventud un cafre. ¿Que irá á destripar terrones mezclado entre los gañanes? Te equivocas: ese mozo será por lo menos fraile.

■ ■

Te tengo comparaíta al cura de mi lugar; to se te güerve pedir y no me das nunca ná.

■ ■

Cuando lo vide vení dije en seguida al patrón: «atranque usted la despensa, que es un fraile muy tragón.»

IMP. DE M. GARCÍA, MESON DE PAÑOS, 8